

Colombia en un breve perfil de civilización, república y cultura

Lección en una UNIVERSIDAD del
“Sólido Sur” estadinense

Escribe: CARLOS LOPEZ NARVAEZ

Un jubiloso honor —por el que rindo cordial agradecimiento— es el que me afinca la invitación de la presidencia del Foro Español —División de Idiomas extranjeros de la Universidad de Houston— para venir a discurrir aquí sobre el país cuya representación consular también me honra en esta poderosa urbe a la que cada día encuentro más grata y hermosa con su acogedora simpatía: ciudad clara como sus cielos, sólida como su vitalidad. En nombre de mi país presento a esta ilustre universidad el saludo de la cultura colombiana.

Soy modestísimo ejemplar de esa cultura; antes que todo, como resultado de largo y continuado servicio catedrático de humanidades. En principio mi profesión académica ha sido la abogacía forense y la administrativa. Pero innata predilección me llevó siempre a la menos lucrativa, a cambio de más armoniosa, de la creación y la labor estéticas: *litterae humaniores*, que dijera Cicerón. He creído siempre que estudiar y conocer, y bajo las especies de la cátedra, el ensayo, la conferencia, la obra de arte —libro, poemario, cuadro, escultura, partitura— entregar el fruto de los conocimientos, estudios, concepciones, etc., para benéfico deleite de los demás y para ennoblecimiento de la vida, y será siempre manera óptima de prolongar y renovar la divina creación del universo.

Mas al expresarme así no quiero ni insinuar siquiera —líbreme de ello la suprema sapiencia— que solo dentro de los estudios y las labores de estética pueden caber la creación o la producción del arte. Simplemente he querido mostrar una actitud simple y modestísimamente subjetiva.

Toda labor intelectual lleva en potencia un arquetipo de su género, especie o familia; obra maestra más o menos trascendente y perdurable de su naturaleza. Por ejemplo: en medios como éste, tan intensamente colmados y expansivos de riqueza y proyectantes de modernidad, podría

ir señalándose a cada paso, a los colosales artistas de la economía, de la industria, del mercado en cualquier orden. Paralelamente, en otros medios, podría señalarse a los técnicos de la elocuencia política, de la oratoria parlamentaria, de la tribuna académica, a los magnates del poema. Así como ya fue planteada la teoría de que tiempo y espacio son una sola esencia con dos modalidades, bien podríamos proponer que poesía, música, escultura, arquitectura, pintura, son artes-ciencias de la respectiva expresión verbal, melódica, cromática, geométrica —plana o espacial— en volúmenes imponderables. Pero... como que estoy olvidando el objeto de la amable invitación: hablar sobre Colombia, en vez de divagar sobre las mil y una teorías, perennemente renovadas, de la nuda estética.

Comencemos, pues, por un breve esquema historial de Colombia, que sirva como de plataforma para mostrar la figura de su presente por el mejor de sus perfiles: su cultura universitaria y académica.

Mucho antes del hallazgo de las Indias Occidentales, el actual territorio colombiano poblábanlo aborígenes de diversas tribus, lenguas, costumbres etc., que etnólogos, demógrafos, sociólogos y demás, han reunido en dos grupos básicos: los *caribes* y los *andinos*. Aquellos dieron su nombre al mar que baña los litorales del norte colombiano: el Mar Caribe. Un gran número de regiones cruzadas por los ramales que se trifurcan los Andes suramericanos al entrar en el territorio colombiano, conservan, en urbes y poblaciones menores, villas y aldeas, los nombres de los primitivos moradores u ocupantes que forman el segundo grupo: así Bogotá, Boyacá, Quindío, Coyaima, Sibundoy etc.

Colombia quiso honrarse y perpetuarse con el nombre del almirante descubridor del Nuevo Mundo, tomándolo para sí, ya que fue en tierras del Caribe donde Colón sentó la planta al encontrarse con el resto de la tierra yendo en busca de un camino por mar hacia los imperios orientales.

Entre los conquistadores y capitanes más famosos, actores del descubrimiento geográfico, figuraron, en lo que toca al hoy territorio colombiano, Alonso de Ojeda, Gonzalo Jiménez de Quesada, Rodrigo de Bastidas, Sebastiano Moyano de Belalcázar, Vasco Núñez de Balboa —descubridor del Océano Pacífico— Pedro de Heredia, Jorge Robledo. Con la sola salvedad del alemán Nicolás de Fredermán, la colonización fue, pues, obra española con españoles. Fueron ellos los fundadores de las primeras ciudades colombianas, a saber: Santa Marta, decana de nuestras urbes, fundada en 1525; Cartagena de Indias, en 1533; Popayán y Cali, en 1536; Bogotá, en 1538; Ibagué y Medellín, en 1550; Bucaramanga, en 1562. Ellas todas, y otras que le siguen en categoría, resultan de mayor edad que Nueva York, Boston, Río de Janeiro, Santiago de Chile, Buenos Aires, México, Lima.

El período colonial español se extiende desde los albores del siglo XVI hasta el primer cuarto del XIX, y se ejerció en forma de presidencias y virreynatos, con Reales Audiencias y oidores.

La Iglesia Católica Romana empenó una de sus máximas labores en el desarrollo civilizado del país, la mayor parte de las veces asumiendo la iniciativa, precisamente, con la apertura y sostenimiento de las primeras escuelas, la fundación de institutos, colegios, universidades: floración y

fruto de su obra misionera, catequística y evangelizante. Citaremos pocos nombres para comprobarlo: el arzobispo fray Luis de Zapata, el primero en fundar escuelas para los indios: el arzobispo Hernando Arias de Ugarte lo fue de los primeros planteles para la educación femenina; el arzobispo fray Cristóbal de Torres, fundador de la Universidad Tomística, actual Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario; el arzobispo Bartolomé Lobo Guerrero, fundador del Colegio de San Bartolomé, raíz y tronco de la Universidad Javeriana; el canónigo José Celestino Mutis, alma, cerebro y brazo de la Expedición Botánica, semillero de las ideas libertadoras. Todos ellos fueron españoles. Sonriamos, pues, con republicana tolerancia cuando y dondequiera que se nos venga con la monserga del “oscurantismo católico español”.

La independencia política de Colombia dio sus signos iniciales hacia la penúltima década del siglo XVIII, cuando la provincia del Socorro —hoy Departamento de Santander— lanzó el grito de insurgencia, protesta y rebelión contra el coloniaje imperial. Ese movimiento primordial es el que nuestra historia llama la revolución de “los comuneros”, que dio los primeros abonos —como si dijéramos la primera transfusión de sangre— al cuerpo de la libertad.

El más trascendente, por definitivo, de esos movimientos surgió con el grito del 20 de julio de 1810, en la propia capital del virreinato, Santa Fe de Bogotá, grito recogido en la declaración o Acta de la Independencia, punto inicial de la lucha a muerte por una república libre y soberana. Algunos aspectos que en aquella acta o declaración habían quedado sin suficiente concreción, asumieron plenitud con la Declaración de Independencia que Cartagena de Indias hizo el 11 de noviembre de 1811.

A partir de entonces la guerra contra la monarquía adquiere su máxima fuerza, con culminaciones de epopeya, de verdadera gesta. El sitio de Cartagena y su toma por el Pacificador Pablo Morillo —“un soldadote ignaro a quien en mala hora —dice Menéndez y Pelayo— confió España la reconquista de sus dominios coloniales en América”— es un episodio que iguala, si no es que supera a los de Numancia y Sagunto en días de la Roma cesárea.

Aparece entonces Simón Bolívar, “el hombre de un designio providencial”, como lo llamara un gran vidente. Su corazón, su cerebro, su verbo-acero engendran en el seno de América cinco repúblicas libres: Nueva Granada, Venezuela, Ecuador, Perú y Bolivia.

Bolívar nos crea una soberanía nacional; el general Francisco de Paula Santander organiza civilmente la república; Bolívar es el Padre de la Patria; Santander, el de su entidad jurídica. Pero a la muerte del libertador, como el imperio macedónico a la muerte de Alejandro, la Gran Colombia se despedaza y desintegra; cada una de las amadas quintuples abandona, sin suficiente madurez aún ni mayoría de edad, el paterno hogar para abrir casa aparte: la Nueva Granada, con Santander; Venezuela, con José Antonio Páez; Ecuador, con Juan José Flórez; Perú y Bolivia, con los recelosos y rencorosos segundones del Gran Mariscal de Ayacucho, Antonio José de Sucre quien acabó por caer abatido, como Lincoln, como Kennedy, en las sombrías emboscadas del crimen.

Sendos grandes partidos políticos habían nacido ya, históricos y doctrinarios, de las ideologías enfrentadas de los dos máximos creadores de la nación libertada. En torno de Bolívar y sus normas constitucionales puestas en marcha al ocupar el solio presidencial de la república, se formó el conservatismo; con Santander como caudillo, se formó y organizó el liberalismo; una derecha de tradicionalismo constitucional y una izquierda de radicalismo extremo.

En lucha por el predominio de respectivas normas constitucionales, programas estatales, sistemas y doctrinas administrativas, sobrevinieron largas, dolorosas guerras y disenciones intestinas entre los partidos; y tras de alternativas centralistas y federalistas, la situación fue final y venturosamente liquidada y superada por una ejemplar constitución política en 1886, obra genial del estadista Rafael Núñez. Con enmiendas y ampliaciones impuestas por las propias exigencias del país y su avance, en 1910, 1936, y 1945, cronologizando las de mayor alcance, la Constitución del 86 sigue estructurando y regulando la existencia jurídica de la república de Colombia. La última de las reformas o adiciones constitucionales acordó plebiscitariamente la alternación presidencial de los partidos, mediante un gobierno denominado de Frente Nacional, para un período de 16 años, o sea cuatro etapas presidenciales, de las cuales han corrido ya las dos primeras, con las administraciones de Alberto Lleras Camargo, personalidad continental, multifacética, del liberalismo colombiano; y de Guillermo León Valencia quien condensa la más acrisolada tradición de la doctrina conservadora, dentro de un auténtico Frente Nacional. La tercera etapa está en su primer año de marcha con la presidencia de Carlos Lleras Restrepo, figura jerárquica del estadismo economista.

Por el aspecto de las relaciones internacionales, Colombia ha procurado siempre, y lo ha logrado, mantener y acrecer sus relaciones con el mundo panamericano en general y con el latinoamericano en particular, por razones de común origen político y racial. Medio siglo tiene de resuelta la totalidad de sus problemas fronterizos, pendientes desde la disolución de la Gran Colombia. Los tratados complementarios, de límites, de intercambio comercial y otros, son ejemplares testimonios de jurisprudencia internacional, de integración conviviente. Norma operante, nunca fallida, de esa política en Colombia, es el otorgar y reconocer a los extranjeros que a ella se acogen, garantías idénticas a las que disfrutaban los propios ciudadanos, protegiendo su derecho al trabajo, su culto, su libertad, en todo cuanto no afecte o perturbe los similares derechos de los demás, ni en su fuero social, ni en el moral.

Colombia es miembro de la Organización de los Estados Americanos (OEA) y de las Naciones Unidas (ONU). En observancia de los compromisos suscritos con tales organismos ha dado su aporte de fuerza militar para los casos presentados, verbigracia, los conflictos de Corea y del Canal de Suez.

LAS ARTES Y LAS LETRAS

Siempre ha sido Colombia bien nombrada tierra de letrados, poetas, humanistas, polígrafos, oradores, periodistas: lo han reconocido así todas

las naciones confraternales en raza, historia, idioma, cultura. En la raíz misma de su ingreso a la civilización, como vasalla de España, aparece más de un humanista que alternaba el ejercicio de las letras con el de las armas. Ejemplo máximo de ello, el licenciado y almirante, fundador y cronista clásico, Gonzalo Jiménez de Quesada cuya personalidad, si militarmente a nivel con las de Pizarro, Cortés, Almagro, Alvarado, como humanista, exégeta y polígrafo está muy por encima de todos ellos.

El propio Libertador Bolívar llegó a decir que Colombia podía compararse con una universidad. Y hubo tiempos en que de Europa misma y por apreciación de ilustres visitantes y diplomáticos vínole a Santa Fe de Bogotá el condecorante título de Atenas Suramericana.

Colombia ha sabido siempre dispensar en toda la medida de sus posibilidades, auspicio oficial y social patrocinio a sus gentes de jerarquía científica o artística. Y no son pocos los nombres colombianos de gran relieve en los más diversos campos del conocimiento, singularmente en ciencias especulativas, exactas, o naturales.

LAS UNIVERSIDADES COLOMBIANAS

Es este uno de los más acusados perfiles en el semblante cultural del país. Desde la propia época colonial surgieron instituciones universitarias que hoy cuentan entre las más reputadas de América. Para altos estudios académicos y profesionales Colombia ofrece una treintena de universidades, con características y orientaciones que conjugan con el ambiente, la naturaleza, los medios y las peculiaridades demográficas de su localidad; unas sostenidas y reguladas por rectoría estatal; otras, de fundación y administración corporativas o privadas. La más reciente estadística da la cifra aproximada de 40.000 concurrentes a las instituciones universitarias superiores. Las graduaciones anuales en licenciaturas y doctorados, montan el millar por año, y se reparten en medicina, abogacía, arquitectura, ingeniería en todas sus ramas, odontología, pedagogía, economía, agricultura, veterinaria, filosofía y letras, ciencias físicas y naturales. La sola capital colombiana —Bogotá— cuenta con once universidades que anualmente sobrecolman sus cupos: la Nacional, las dos Javerianas, el Rosario, Los Andes —vinculada con las más importantes norteamericanas en un intenso intercambio de asistencia— la de América, la Gran Colombia, la Municipal, la Libre, la Jorge Tadeo Lozano —con especialización internacionalista— el Externado de Derecho, la Tomística, de reciente fundación. Con salvedad escasa, las capitales departamentales tienen por lo menos una. Así, la del Cauca, en Popayán, tan afamada por su rendimiento en derecho, ciencias políticas e ingeniería civil; las tres de Antioquia, en Medellín, con una archifamosa Escuela de Minas; la de Cartagena, en Bolívar; la del Atlántico, en Barranquilla; la del Valle, en Cali; la de Caldas, en Manizales; la de Nariño, en Pasto, con magnífica Escuela de Agronomía; la de Tunja, para especialización pedagógica, en Boyacá; la de Santander, en Bucaramanga, de orientación y objetivos en geología y química minera y de petróleos.

Es de consentimiento hispánico el que Colombia habla el mejor castellano español (castellano alude al origen geográfico; español, a la extensión de su dominio). Labores filológicos intensas, constantes y trascendentes del idioma cervantino, su defensa y vigilancia, las realizan y mantienen en Colombia tres grandes entidades: La Academia Colombiana de la Lengua, el Instituto Caro y Cuervo y el Seminario de Gramática y Filología Andrés Bello: centros de ciencia lingüística que hasta diciembre de 1965 tuvieron como su columna vertebral y como blasón un nombre consagrado por el respeto, la admiración y el afecto de las máximas corporaciones congéneres europeas y americanas en punto a labores idiomáticas: el del ilustre sacerdote jesuíta padre Félix Restrepo, cuya súbita desaparición de entre nosotros jamás será debidamente lamentada. El gobierno nacional respalda con su erario la marcha y labor de esas instituciones, ya subvencionándolas, ya incorporándolas jerárquicamente a la función del Estado, por intermedio del Ministerio de Educación Nacional. Así en las academias —la de la Lengua y la de Historia— como en los institutos nombrados el personal directivo y laborante se integra de destacadas unidades del mundo intelectual, en polígrafos, catedráticos, autores, periodistas, prosistas y poetas.

El Instituto Caro y Cuervo honra con su denominación los nombres de dos egregios filólogos de la raza en postrimerías del pasado siglo y en las primeras décadas del que corre: Don Miguel Antonio Caro —par en ciencia y virtud de un Marcelino Menéndez y Pelayo— y don Rufino José Cuervo, autor del *Diccionario de Construcción y Régimen de la Lengua Castellana*, monumento el más genialmente ambicioso que se haya levantado en el orbe humanístico para defensa y glorificación de un idioma: así reza la expresión textual de la crítica más autorizada en esos campos, la alemana. (A propósito y para salpresar de humor tan árido monólogo, va de cuento este que oí cierta vez que anduve por Ann Arbor: Acertaron a pasar al mismo tiempo un francés y un alemán frente a dos puertas en una de las cuales se indicaba: “Entrada al cielo”, y en la otra se anunciaba: “Conferencia sobre el cielo”. El francés escurriose prestamente por la primera; el alemán se coló por la segunda. Se me ocurre pensar que la flema inglesa, la fobia rusa, la chungu hispana y sus correlativos de acá en el trópico, nos habríamos dado averiguar por las correspondientes puertas del purgatorio y del infierno).

Como consecuencia lógica el periodismo colombiano es estimado como un modelo del género, por lo castizo de su lenguaje tanto en la especulación ideológica, como en las modalidades del comentario y de la información, así en el combate como en la defensa.

Y por hoy, mil gracias a tan amable audiencia. Honor y agrado recibiré todas las veces de una invitación a dialogar o a monologar sobre los inagotables temas, siempre apasionantes, de la cultura hispanoamericana.